

# 1. Los doce días de octubre de 2019: la irrupción de los inconformes y la toma del espacio público

Hernán Reyes Aguinaga

¡La insurrección ha despertado!  
estallan voces  
Entre música de tambores y caucho quemado  
Es la aurora del Octubre eterno  
Convertido en mes, en años, en esfuerzo humano ardido  
Para el poder ¡inaudito!  
(Iza, Tapia y Madrid 2020, 11).

En nuestros días, nada parece tan enigmático como la acción. Tan enigmático como inaccesible. Podríamos decir, a modo de chiste: si nadie me pregunta qué es la acción política, creo saberlo; si tengo que explicarle lo que es al que me hace la pregunta, ese supuesto saber se disuelve en una cantinela inarticulada.

(Virmo 2003, 80).

Cuando la capital se paraliza y empieza a arder, lo que está en juego se sale de los límites de la ciudad [...] Una vez evaporados los gases lacrimógenos, una vez mudo definitivamente su recuerdo, sociólogos, periodistas, historiadores y simples hampones se preguntaron inmediatamente ¿El Gran Día había quedado postergado? ¿Para las calendas griegas? ¿Convenía llevar luto? ¿Con qué lo íbamos a sustituir?

(Glucksmann y Glucksmann 2008, 95).

## **OCTUBRE DE 2019 Y JUNIO DE 2022: EL INTERREGNO DEL NEOLIBERALISMO**

De la mano del cambio de siglo, la historia política del Ecuador muestra un período de agitada ingobernabilidad que termina provocando la caída de los presidentes Bucaram en 1997 y Mahuad en 2005. Más recientemente, y tras un lapso en el cual diez años de mandato de Rafael Correa parecían significar la recuperación de una cierta estabilidad y normalidad políticas, nuevamente estallan dos enormes turbulencias: la suscitada en octubre de 2019, objeto de análisis en este libro, y

la de junio de 2022, cuyos efectos y desenlaces más directos aún parecen estar gestándose alrededor de la cada vez mayor *disolvencia* del Gobierno de Guillermo Lasso y de su proyecto neoliberal-ultraconservador.

Lo importante de resaltar es que ambas protestas masivas, la de 2019 y la de 2022, explotaron por la pretendida aplicación del conocido recetario del modelo neoliberal, y el par de episodios no parecen mostrar otra cosa que el retorno de un ambiente similar al del *interregno* vivido entre 1997 y 2005. Con una separación de casi tres años y confrontando a dos gobiernos diferentes, el de Lenín Moreno y el de Guillermo Lasso, las dos protestas sociales hicieron tambalear no solo a ambos gobiernos, sino que pusieron en jaque al propio retorno de la derecha al mando del Estado con su proyecto de desmantelamiento de lo social y de su contracara, la del fermento de demandas de justicia social.

Quizá la razón de fondo que explica los alcances de estas acciones sociales contestatarias tenga que ver con la naturaleza dialéctica propia del modelo neoliberal tal como se ha venido aplicando en la región. Como bien lo describe Wendy Brown (2021), “en América Latina el origen del neoliberalismo es indisimulablemente violento [y por ende hay que ubicar a] la violencia no como un desvío, sino como experiencia originaria”, como una contraofensiva económica, militar y religiosa, todas ellas juntas, pero que lleva en sus entrañas, asimismo, la imaginación de otros mundos posibles (14-7). Sobre esta base epistemológica, se pretenderá explicar la naturaleza y alcances de la protesta social desatada en octubre de 2019.

## **LAS MEMORIAS PRESENTES DE OCTUBRE DE 2019**

Respecto a los convulsos doce días de octubre de 2019, aún siguen resonando múltiples referencias, sobre todo respecto al mayor de sus protagonistas en el escenario político ecuatoriano. Leonidas Iza, uno de los líderes del paro indígena, sigue siendo recordado en términos polarizados.<sup>1</sup> Hay sectores, como cierta parte del correísmo, que aún lo acusan de haber pactado con Lenín Moreno a destiempo y en favor de un gobierno que estaba a punto de caer. Otros sectores políticos cercanos a la derecha lo siguen señalando como quien encabezó “la destrucción” y el vandalismo contra Quito, Ciudad Patrimonio Cultural de la Humanidad. Para un amplio sector de la población, en cambio, Iza emergió como un líder que defendió

---

1. En 2022, Iza no solo logró ganar la presidencia de la CONAIE —principal fuerza motriz en ambas protestas y revueltas sociales—, sino que en la de junio de 2022 fue la cabeza indiscutible de ese “estallido” social, como él mismo lo denominó, y su arbitrario apresamiento, seguido de su liberación casi inmediata tras haber desencadenado la radicalización de la protesta, fue calificado como un enorme error estratégico del Gobierno de Lasso. Hacia septiembre de 2022, la jueza que conducía la causa contra Iza, acusado de “paralización de servicios públicos”, declaró la nulidad del proceso judicial.

a los más afectados por las políticas oficiales en 2019, y esa experiencia le permitió dirigir con más fuerza y contundencia las protestas de junio de 2022, a las que imprimió incluso demandas sociales aún más amplias, como las contenidas en los diez puntos del documento con que se puso fin a la protesta y se inició el proceso de negociación con los funcionarios estatales del Gobierno de Lasso.<sup>2</sup>

Lo que está claro es que octubre de 2019 implicó un desborde social que irrumpió e interrumpió doblemente el espacio público, tanto en lo político como en lo mediático, y, por ende, *marcó territorio*. El efecto de este tipo de acontecimientos, como se viene abordando en investigaciones recientes sobre la acción social urbana, va más allá del desorden temporal de la normalidad del sistema, a nivel del espacio físico y la temporalidad normal; sino que termina provocando una desgarradura del sentido y las significaciones aceptadas por la mayoría social, provocando a su vez la reactividad de los agentes políticos y culturales confrontados, quienes se apresuran de forma compactada a movilizar recursos materiales y simbólicos para regresar a las significaciones del sentido común establecido y reacomodarse en sus sitios de poder ante las tensiones desatadas.

En suma, se trata de un doble proceso de dislocación y rearticulación de lo *naturalizado*, lo que atraviesa “tanto las prácticas efectivas de actores que se apropian de ciertos territorios urbanos, ya sea para disputar sentidos sociales (dominantes), reclamar por derechos o simplemente disfrutar, como aquellas representaciones mediáticas que escenifican espacios, actores y/o acciones de grupos o sujetos considerados socialmente como ocupando posiciones no hegemónicas” (Rodríguez y Settanni 2019, 12).

Visto desde este doble plano, la *toma* de los espacios urbanos y el corte al normal desenvolvimiento de las actividades productivas y cotidianas del país, vino acompañada de la *toma de la palabra* y de la inserción de nuevas representaciones en el imaginario colectivo, como una marca que fue apareciendo desde los intersticios del dispositivo construido para solo reflejar los discursos del poder. La potencia de las acciones callejeras desembocó en el apareamiento de una presencia imprevista en el orden constituido; y, aún más, la permanencia de esa presencia en la memoria colectiva.

Con todos estos elementos, la hipótesis que aquí se propone es que es posible calificar a octubre de 2019 no solo como un importante evento de carácter político, sino como un “acontecimiento simbólico” en el sentido que le da Rancière (2010): “acontecimiento que llega a un símbolo [pues] alcanza el régimen existente de las relaciones entre lo simbólico y lo real” (88). Adicionalmente, se propone entender que lo sucedido en aquellos días no pudo —ni aún puede— ser comprendido

---

2. Luego de más de tres meses de negociaciones, mientras el gobierno reconocía “significativos avances” en el proceso de acuerdos, la CONAIE aparecía cada vez más crítica y escéptica de los resultados, y crecían sus acusaciones hacia el gobierno de Lasso por su falta de voluntad política para llegar a acuerdos más precisos y aun para cumplir los finalmente logrados.

por dispositivos ni por los modos de simbolización (del gobierno y del aparato mediático).

Para entender la complejidad de la ruptura simbólica desatada en octubre de 2019 hay que retomar a Norbert Elias (1994): “No es posible ubicar plenamente un acontecimiento en el espacio si no se lo ubica a la vez en el tiempo” (33). La representación colectiva sobre la dimensión espacial de la protesta en Quito, y en general la visibilización de varios puntos geográficos clave que fueron dislocados en todo el país por el paro plurinacional, significaron la ruptura del “mapa cognitivo” hasta entonces imperante, pues fueron acompañados por una temporalidad excepcional que irrumpió: el tiempo de revuelta.

Pero aparte de socavar las dimensiones espaciales y temporales de la política, el impacto simbólico del evento también atravesó al lenguaje. Los detentadores del “uso común” del lenguaje se mostraron incapaces de mantener el sentido único de su discurso; se les escapó de las manos el sentido unívoco del conjunto de símbolos *comunes*: “paz social”, “propiedad privada”, “producción económica”, entre otros términos que saturan el discurso de la *normalidad* de la democracia capitalista.

La ruptura temporal del orden hegemónico surgió al margen de toda previsión, puesto que interrumpir es “cortar la continuidad de algo en el lugar o en el tiempo”, ya que, para empezar, una interrupción del espacio público se refiere “aun sin explicitarla, a la idea de cortar el sentido, el flujo de significaciones aceptadas, las secuencias de escenas que reproducen el ordenamiento social” (Rodríguez y Settanni 2019, 9).

Tal definición de la interrupción implica la perspectiva de quienes la accionan, pero el mismo término sugiere connotaciones adicionales. Un acontecimiento disloca *sentidos comunes*, pero también posibilita reacciones inéditas e imprevistas: puede ser el espacio-tiempo propicio para que, desde los discursos del poder desafiados, se intente “reacomodar rápidamente sus límites ante desajustes o transformaciones que los tensionan y ponen en cuestión” y así volver a implantar “significaciones unívocas y pretendidamente inamovibles respecto a ciertos actores, territorios y prácticas” (10).

Sin que haya lecciones marcadas por verdades incuestionables, octubre de 2019 hizo las veces de un gran cortocircuito que cortó la energía de dos años de derrotero neoliberal de la mano de Lenín Moreno. Fue, siguiendo el hilo argumental de Rodríguez y Settanni, un acontecimiento protagonizado por sectores subalternos que sacudió el espacio público, urbano y mediático, quienes ingresaron inesperadamente en “zonas de la cultura donde existen supuestos naturalizados sobre usos y regulaciones no dichas pero consensuadas comunitariamente” (10), a la vez que socavan discursos presentes y pretéritos, discursos sobre la imposibilidad de otra alternativa posible más allá del anulamiento de los derechos que propone el neoliberalismo.

Así, se produce la revuelta de los espacios vitales de los unos (la ciudad y sus órdenes dominantes) y de los espacios que en la “normalidad” son inaccesibles para los otros/as subalternizados: los que viven en los bordes del sistema y de los que se espera que aguanten en silencio el peso de la saña política y de la marginación cultural: los indígenas, las mujeres, los jóvenes, los sexualmente diversos, los pobres y otros segmentos populares.

Aunque compartimos que es insuficiente decir que “la política solo existe en escasos momentos de insurrección arrancados al curso normal de las cosas” (Rancière 2010, 10), es importante adicionar que un “momento político” como el evidenciado en octubre de 2019 ocurre “cuando la temporalidad del consenso es interrumpida, cuando una fuerza es capaz de actualizar la imaginación de la comunidad que está comprometida allí y de oponerle otra configuración, de la relación de cada uno con todos” (11).

Entonces, siguiendo la lógica que propone Rancière, y aceptando que la política únicamente se refiere a la acción de sujetos colectivos, se dirá que esta acción se expandió más allá de los hechos concretos realizados por los manifestantes en calles, plazas y carreteras, y se amplió hasta la disputa de la “opinión” colectiva, y hacia formas alternas de representación y de imaginación sobre lo que podría ser posible durante y después del acontecimiento.

Sin duda, y por otra parte, el impacto de este acontecimiento que destrabó la legitimidad “natural” del ordenamiento social y simbólico existente en la sociedad, incidió en las representaciones sociales y en los imaginarios colectivos<sup>3</sup> dominantes sobre la política, la legitimidad del Estado y sus instituciones, los alcances de los derechos de las personas, los límites y excesos de la violencia estatal en las protestas masivas, entre otras.

No solamente las elecciones de febrero de 2021 revivieron los ecos de octubre de 2019 con el sorpresivo resultado a favor de los candidatos del movimiento Pachakutik, brazo político del principal protagonista de esa revuelta social, el movimiento indígena, sino que a partir de entonces sigue presente a nivel fantasmático, en la agenda política y en las preocupaciones institucionales, la posibilidad de que pueda en cualquier momento reavivarse la potencia de la protesta popular y la resistencia social, y que se frenen en seco las ilusiones de una gobernabilidad de fuerte impronta neoliberal, pero en condiciones de paz social y sin fricciones políticas, ilusión planteada por el “Gobierno del Encuentro”, encabezado por Guillermo Lasso, de quien se dice que no solo fue parte del verdadero poder detrás del

---

3. Como nos recuerda Paula Vera (2018, 22): “los estudios sobre representaciones e imaginarios sociales [...] permiten rastrear formas y mecanismos a partir de los cuales ciertas significaciones devienen hegemónicas y cómo se despliega la dinámica en torno a las disputas, conflictos, acuerdos y emergencias de sentidos, acciones, subjetividades y materializaciones en relación con diversas problemáticas sociales”.